M. Teresa Bórquez O.

Liberación

12270.-Imp. y Enc. "La Americana" - Pto. Montt
1931.

Mis Propósitos

En la convicción de que mi trabajo tendrá buena acogida entre las personas sinceramente interesadas en la renovación de nuestra sociedad, espero serena y aún deseo la crítica que, prescindiendo de la pobreza de la forma, sabrá reconocer el fin que me guía. No espero el aplauso. Y depongo orgullosa mi amor propio, para sentir en mi conciencia la honda satisfacción de haber contribuido, con mi pequeña energía, a la formación de las bases del nuevo edificio con que sueñan los que desconocen límites al pensamiento. Será el granito imperceptible en la inamovible roca, será, talvez, la partícula ultérrima, pero parte al fin, en los cimientos de la casa nueva abierta a todos los credos.

Y me sentiré feliz porque mi osadía será un estímulo a otras energías que duermen o se derrochan por modestia.

El principio de los mundos se formó de nebulosas. La inmensidad de los mares se mantiene por la

adhesión de gotitas pequeñas. El raíl que une los distintos puntos de la tierra, necesitó de centenares de cerebros que piensen, de miles de brazos que laboren, de incontables esfuerzos, para llegar a la segura resistencia en la que marcha, sin parar, el mensajero del progreso. Todas las grandes cosas tienen sus pequeños principios.

Otro derecho u otra osadía que me obliga a dar a la publicidad mi modesto trabajo, radica en mi anhelo permanente de que se resuelvan, cuanto antes, tres problemas importantísimos, que considero como la piedra fundamental en el rodaje de la sociedad. Se que una idea engendra nuevas y varias ideas. Se que mi debil pluma, que carece del calor con que deben tratarse tópicos de tal trascendencia, por su misma debilidad, hará resaltar fuerzas vigorozas que la afiancen.

Los tres problemas que me ocupan y que estudio son: El niño, la mujer en especial y la organización de la familia.

Me he hecho el firme propósito de presentar, bajo mi punto de vista, todos los errores de que adolecen aún estos problemas y la forma de corregirlos.

Sin ser una revolucionaria de la idea, soy una convencida de que todos estamos obligados a apurar el proceso evolutivo de una sociedad que, por no descorrer el velo de verdades establecidas, por aparente comodidad o indolencia, obstruye su camino haciendo pesar día a día, un sobrante de cosas inútiles y falsas que impiden el avance.

No niego que en los últimos años los intereses del niño han conmovido a todo el mundo; pero todo lo que se haga en beneficio de él, que constituye la esperanza y seguridad del futuro, es poco si se le mira en su valor real.

El niño que nace, no es sencillamente una masa moldeable y árida, no es una página en blanco, es

un ser que trae a la vida un enorme acopio de experiencias que deben inventariarse con tino. Y ese capital que entra a la sociedad humana, debe dar su rendimiento.—Aún no se aprovecha en todo su valor el factor herencia—Para que el bajage que el ser humano trae al mundo se aproveche en sentido positivo, se necesita estudiarlo concienzudamente, aquilatarlo y analizarlo en forma minuciosa y amplia, para aceptar o rechazar, encausando o desviando la linea hereditaria. Y esto no puede hacerse sin previo y largo estudio. Desgraciadamente, ni el hombre ni la mujer que optan por el matrimonio, piensan seriamente en los hijos, ni mucho menos en el serio deber que asumirán enseguida. Su amor propio, su vanidad, y aún sus caprichos, absorven su mente.

Antes de ésta época, menos se preocuparon los padres de las obligaciones que se tienen para con la nueva generación. Y así, hasta hoy, se forman los hogares sin ni siquiera conocerse bien los cónyuges, cuanto menos habiéndose detenido un momento en su misión.

Para nuestra sociedad sería un insulto que la futura desposada fuese sometida a un exámen psicobiológico que la declarase apta para la maternidad. Como tampoco se puede exigir a un muchacho de familias conocidas, antecedentes que lo habiliten para responsabilizarse de los múltiples y complicados deberes de jefe de un hogar. Y en estas condiciones, el matrimonio resulta un juego de azar. De la inmensa altura de la libertad, la juventud se lanza para caer en espinuda zarza, muy pocas, escasísimas veces, en alfonbra suave. Y el hijo se impone, cualquiera que sea el resultado de la jugada. Se impone, porque fuerzas inmutables lo reclaman.

De ahí nace la importancia de educar con celo a la mujer, a cuyo cuidado está, casi exclusivamente,

la educación básica del niño, ya que sus primeras atenciones, sus primeros cuidados, los reclama desde las entrañas de la madre.

La mujer, por naturaleza es intuitiva, pero debe ayudársela para que ella, a su vez, oriente a su hijo.

La madre sabiamente preparada, conocerá los intereses del niño en sus risas y juegos, en sus palabras sencillas y aún en sus gestos y así, sin restar nada a su libertad, formará la base de su educación futura. Y la misión de la madre no termina allí. Al empezar la vida escolar del hijo, redoblará su celo para que, en las escasas horas de hogar, siga su orientación, a fin de penetrar su sentimiento y estrechar su amistad, para instruirlo sinceramen en la vida sexual, de la que hasta hoy se hace poco caso. Todavía hay mucha gente que permanece muda ante este problema, que es de mayor importancia que tantos otros que, hoy por hoy, tienen la supremacia. Viene luego su orientación vocacional con sus intereses individuales y colectivos, en la que el hogar debe secundar a la escuela.

Y ese hogar, el hogar que debe formar a los hombres de mañana, no debe ser la cárcel obscura y fría donde hasta lo más noble se desmoraliza y muere.

La organización de la familia, su generación, su torcida evolución y su posible encauce o renovación, son otros tantos motivos para estudiar a fondo el problema social; son otros tantos puntos que irán a converger en el niño, que es la fuerza motriz de la nueva generación.

No será un trabajo sistemático el que esponga. Mi propósito no es hacer recetarios sino, como en este mi primer libro, hacer la exposición de vibraciones sentitas en momentos distintos, o de experiencias que la vida o el estudio me sugieran. ¿La forma...? Torpe, debil, pobre o audaz...¡No se! Pero trataré de que en

cada uno de mis trabajos haya algo de mis propósitos y que, en una forma fácil de asimular, lleguen a la muralla impenetrable de esta sociedad que se revuelve en su círculo, falseándolo y obscureciéndolo con miles de prejuicios y normas que corroen la sincera naturalidad de sus principios, en vez de ensanchar esa línea de incalculables proyecciones.

Cada cosa que escriba irá impregnada del deseo vehemente de que el niño ocupe el sitial que le corresponde. Y su risa inocente o su alegre carcajada, será la música que de ritmo a mi pluma. El terciopelo de su piel rozará mi mano todos los momentos para que de mi no escape sino el elogio a sus méritos o su defensa. Y cuando me ocupe de la mujer, el deseo de que en sus entrañas vibre el ansia de sentirse madre, pondrá ante mis ojos la cabecita rubia o morena, revolviéndose en el seno amoroso. Cuando hable del hogar, sonará alegre y bulliciosa en mis oidos la música de rondas, el aletear de la infancia, y, cuando no la escuche nítida y prometedora, reclamaré por ella, a fin de que se destaque natural y clara, pura como el manantial que debe alimentar la inmensidad de los mares.

Cada ataque mío a la falsedad de nuestras normas, no se estime como tal, sino como un medio de defensa a los intereses del niño, que será siempre el punto sobre el cual debe estar alerta la mirada de la Humanidad.

La autora.

Segunda Virginidad

Si nos remontamos a los tiempos más antiguos, veremos un culto infiltrado en la esencia de la vida de los seres humanos. Un patrimonio, que conserva con religiosidad nuestro presente. Un ídolo de carne, de materia pura, sobre todos los ídolos. Un ideal, que puso frente a frente al amigo y al amigo, al hermano y al hermano, al padre y al hijo. Un ideal, que se pregona y del que se hace alarde. Un ideal, que une, como ningún otro, a los hombres de épocas distantes, de distantes comarcas, de credos diversos, de temperamentos opuestos, de todas las hablas, de diferentes tendencias, y de todas la etapas de la vida real. Y ese culto, ese ídolo, ese ideal, que contituye la herencia mas fatal y de consiguiente más pesada, es la virginidad de la mujer. Las religiones de todos los tiempos y de todas las Iglesias la han personificado para glorificarla. Siempre nació un Dios, de ese valioso y remoto legado que el Dios de la Creación for-

jó de barro delesnable. Todas las religiones cantan al hímen intacto que vió formarse un Creador. Y ésto, que significa un insulto, un ultraje a la noble y dignísima misión de la madre, lo bendicen en formas distintas, ellos, los areligiosos, los materialistas, los metafísicos, pseudo-cientistas. Y si todos no cantan a la virginidad, la reclaman, la exigen como el mejor patrimonio. Nada ni nadie obtiene ni ha obtenido mayor número de adoradores, mayor número de guardas, mayor número de esclavos, ni mayor número de víctimas....

Esa herencia desequilibrada y absurda que contrarresta la naturalidad, la armonía, la belleza, dando pábulo a la hipocresía, a las pasiones bastardas, a la desigualdad, al odio, al crimen, es el pecado original que pesa en la raza: aquí el hogar deshecho que, exigiendo la integridad del himen, no reparó en la perversión moral: impudicia, relajación sexual;.....allá, la víctima, tronchada su ilusión, muertas sus más sagradas esperanzas, en el desprecio y en el odio, en el abandono y en la sombra, por haber tenido la honradez de brindarse al amor; la escena trági-cómica de la madre y la hija, solucionando una suturación para entregar la virgen al millonario, al profesional...que levantará la familia: complicidad ruin que satisface la apariencia.

Como todo evoluciona en la vida en una escala ascendente, la virginidad se ha duplicado en el tiempo. Y ahora, más que antes, importa constatar dos virginidades. Ya en Francia y en otros países, de reputación, desde mucho tiempo se guarda la pureza de los oídos, en casi todos los países orientales se venda los ojos a la mujer. Les falta, a estos super seres, encontrar la membrana fina y resistente, y después de encontrada ubicarla para que no penetre en el cerebro de la mujer la idea que se expande y que tiende

a anular la herencia primitiva. Es un problema de urgencia y de estudio, ya que de él depende el poderío del egoísmo concentrado en la fuerza. Constatadas la dos Virginidades que, fatalmente, desviarán el sentimiento, se tendrá la máquina precisa y potente que saciará todas las exigencias de todas las degeneraciones, abaratará el mercado, debilitará, hasta donde sea posible, la debilidad femenina.

Los hombres, a excepción de una poquísimos, pasearán satisfechos su obra destructora. Digo poquísimos, porque estoy cierta que, el cientista reposado y estudioso que está convencido del grave y pernicioso error de este credo, cuando esté frente a la hija adolescente, echará por tierra todos sus raciocinios justos para temblar ante la desfloración. El libre pensador... ¡cómo callará ante un problema íntimo! o cómo cambiará la faz ante la audacia de una mujer de su estirpe que de su cuerpo un valor menor. Los que hablan de libertad, los que pregonan el amor a la humanidad, ¡cómo temblarán de ira al saber que su hija dió forma al amor en sus entrañas sin el pase del Registro Civil! ¡Cómo sentirán el peso de su estigma! ¡Cómo maldecirán a ella en su obra santa, al inocente, fruto del amor más puro y que será el hombre mejor, porque no nació impuesto por otra Ley que la Natural. Como las Leyes humanas, no autorizaron ese nacimiento, pesará sobre él, una mancha que es blancura, un crimen que es honradez. Pero es un problema que la sociedad estudia, no hay duda, y que resolverá en el menor tiempo dada su transcendental importancia. Y si nó, que lo digan los Estados Unidos de Norte América y sus copistas, cómo por no cuidar la Virginidad Cerebral, por no haber previsto a tiempo las consecuencias al abrir un número crecido de escuelas de mujeres, o dar cabida en las de hombres a sus vírgenes, tienen hoy que conformarse con la

exclusividad, sin poder recuperar el servilismo eterno al que se inmoló la novia en la noche de bodas. ¡Ya no tendrán ellos las perfectas casadas, honra y gracia de Chile y de otras potencias que tienden su vista más allá, para copiar historia y tradiciones del Oriente paradisíaco! ¡Trabajen sin demora los que no consienten en un cambio que medra su orgullo! ¡Dejen que los ilusos de Occidente y los osados de las Américas se estrellen ante la virginidad blanca del sentimiento, que no se podrá reconocer tan sencillamente... Que se conformen ellos con la mujer corazón, que no otra cosa logrará purificar la libertad de la idea y la libertad de los órganos.

Déjenlos con sus mujeres fuertes y sanas, con sus almas saturadas de honradez, con sus cabezas potentes. ¡Dejen, a ellos, los visionarios, que por mirar tan alto, olvidaron la Virgen de Carne, sorda a todo deber, ciega a toda belleza, pero intacta. Y conserven con honor el legado de antaño que les concederá la satisfacción de haber peleado hasta lo último por el buen nombre de sus ascendientes y el orgullo de haber perseverado en un rito que enaltece el barro para ir matando sistemáticamente toda pureza y dignidad.

Que los sustentadores de esta cruzada de siglos, no se inmuten ante el crimen de las madres que sacrifican la vida de sus anémicas o cloróticas por conservar intacta una virginidad. Que no se conduelan ante el ser que muere para evitar comprobantes que desmientan esa integridad restituída en el estudio de un médico. ¡Que no se abismen de sus vírgenes que fueron o serán vírgenes de otros! ¿Que importa que de hinojos ante las intactas, roben o asalten en las sombras la posesión agena?. Olviden esas circunstancias, esos personajes que ayudaron a sus triunfos, que de los cientos de víctimas, ni siquiera se levantará el amigo o el hermano del defraudado. Y ayúdense a

conquistar su último triunfo, que de él depende su vida tiránica y egoísta. ¡Marchen a tiempo: hay todavía un crecido número de mujeres que por naturaleza tienen vírgen el cerebro o que su ambiente ha tenido poder de anulación o ceguera!.

¡Es la hora precisa. La jornada debe ser breve y enérgica para lograr el éxito. Y conseguida la virginidad cerebral que será el afianzamiento, de la primera no podrán temer a la suplantación la Virginidad Blanca!

Nuestras Hijas

¿Por qué ellas han de ser como somos nosotras inexpertas o ignorantes? ¿Cómo podremos mantenerlas en esa falsa educación que las desprecie, las exclavice, las humille...? ¿Cómo podremos consentir que sean el maniquí callejero o el medio para propagar la ignorancia, sabiendo que de ellas depende el porvenir? ¿Cómo podemos, por un capricho, por un egoismo, dejar que copien nuestros prejuicios, que día a día irán menoscabando su valor real?. ¿Cómo es posible que destruyamos sus vidas, que son la Vida misma? ¡Nuestras Hijas serán el mañana! Olvidemos el pasado desastroso en que la mujer fué la mercadería de valor ínfimo; corrijamos el presente con sus leyes antinaturales y, por consiguiente, absurdas, para abrirle paso a su liberación.

¡Que sean nuestras hijas el orgullo de la raza, la robustez de la humanidad, la verdadera forma, donde se encarnará la Vida!. No las miremos en los tiempos

que han pasado; no creamos en esa inferioridad mental que se le imputa. La naturaleza es sabia y, de seguro, no exigiría el fruto a la tierra mas pobre. Si la mujer fué, y aún es, un ser menos eficiente mentalmente que el hombre, no fué su principio el que tuvo la culpa, fué la venda de incomprensión que oprimió su cerebro, o el egoismo, o la soberanía de los que quisieron dominar por la fuerza de la imposición. No la miremos en el presente, fruto de esa herencia nefasta; mirémosla en el porvenir, ya libre de la carga pesada y hostil que nosotras debemos ir dejando en el camino. Considerémosla como una nueva raza, desprovista de toda fatalidad heredada, limpia del pecado de sus ascendientes, pura como la vida misma, igual y paralela en su potencialidad, grande en su problema, sublime en su misión.

¡Qué sean mujeres nuestras hijas! Mujeres que piensen, que sientan, que actúen convencidas de que su obra es la obra creadora y que vivan porque, siendo ellas el cáliz de la vida, tienen derecho a vivir!. A vivir sin atropellos, sin desprecios, sin imposiciones antojadizas, sin mordazas, sin soberanía tiránica, sin apoyos que la debiliten, sin prejuicios que la falseen, sin verdades acomodaticias y mezquinas, amalgamadas para formar las peana de los vicios.

La situación del Hijo

¡Cómo piensan tan atinadamente algunos hombres! No hace mucho, leí en una de las sesiones del Congreso las razones de dos Honorables porque se mantuviese en Chile la Ley del matrimonio indesoluble. ¡Muy bien inspirados, por supuesto! Defendían con exageración de palabra, la situación del niño..... Sentimentales los discursos...de palabras cálidas, según ellos, emotivas...

¡El Hijo! Y, claro, salido de tan arriba, con frases tan bien hechas, con palabras tan bonitas,...tuvo el eco que ellos soñaron. Y repercutió en todas los hogares en que las cabezas no cumplen su misión, en los círculos en que las células utilizables miran el problema social como cosa de ninguna o de escasa importancia. Y era de suponerlo! ¡El Hijo ante todo! Esta frase tocó en todos los corazones. Las madres se humillaron más o se resignaron. ¡Su Hijo! Por él, el sacrificio de una vida era poco. Y su santo egoísmo fuera la tierra fértil en que fructificó la simiente. Ningún otro argumento habría podido explotar mejor la pobreza mental de la mujer y, en su debilidad, vió sólo el abandono, la repartición de los hijos...Ellas necesitaban un hogar así constituído y soportarían todo, antes que el hijo perdiese lo más mínimo en su situación económico-social. Y ellas, desgraciadamente, ellas que són el mayor número de las víctima de esa Ley, pidieron, imploraron, gritarón por el hijo, sin pensar en el fraude que encierra esa misma ley para su sentimiento instintivo.

.....

La madre quiere a su hijo sin ocuparse de la enorme responsabilidad de su sagrada misión. Lo quiere, no porque es el hombre de mañana, el miembro de una sociedad que le espera para su renovación o la palanca de una Humanidad más noble y generosa. Lo quiere porque es el fruto de su amor, porque nació para consolidar una unión que apoye su debilidad; porque sufrió inmensos dolores para darle forma, porque es carne de su carne y sangre de su sangre; porque, acabados sus juguetes de niña, necesita otro juguete; porque, temerosa de perder su juventud y su belleza, quiere un retrato vivo que satisfaga su vanidad heredada. Lo quiere para ella y por ella. Y con escasísimas excepciones, lo quiere, por él mismo, ser susceptible de todo perfeccionamiento. Si el amor de las madres fuese el hijo por el hijo, no mirarían tan superficialmente el problema del hogar. No sería tan sencillo convencerlas del error en que se incurre cuando se predica, en nombre del niño, la esclavitud de los cuerpos que es el estagnamiento sino la anodadación del espíritu.

¿Qué guia moral podrá ser una madre que vive en continua zozobra, que recibe, a cada paso, los desprecios del amo, que tiene que solicitar la ración dia-

ria, mendigar las caricias que el marido derrocha con otras mujeres y sufrir, en más de las veces, el ultraje de palabras hirientes y groseras?. ¿Qué bien tan grande se le hace al hijo con darle un mendrugo sin la alegría y bienestar que pueden ofrecer sólo los seres que se comprenden, contados en el matrimonio?. ¡Se le dá de comer y se le viste bien, en algunos casos, pero, no se cuida cómo se le desorienta, cómo se le defrauda en sus intereses de orden psicológico!.

¡El Hijo! ¿Y por qué no mirán los que piden por él, al que vaga por la calles sin apoyo?. ¡También es hijo! ¡Son hijos también los que mueren sin nacer, dentro del mismo matrimonio, porque la familia guarde relación con la renta! Y fuera de los que deforman en el hogar ¿por qué no miran a los que el padre tiene abandonados en el conventillo, a los que hace abortar porque no se le tilde de vividor o de infiel?. ¿Por qué no se mira, siquiera, a los que se le priva de su nombre verdadero, de las caricias legítimas, de su herencia, porque quede encubierto el amor de los padres?. ¿Qué ha conseguido ésta santa Ley en beneficio de los hijos?. Hacerlos simplemente un resultado o una consecuencia de la unión de dos seres que se unen por llenar una apariencia social: costumbre o debilidad ¡Son escasos los hijos del amor en el marco del matrimonio eterno!.

¿En nombre de que hijos, entónces, invocaron esos congresales las bondades y el amparo de una Ley que, aparte deformar personalidades, encubrir crímenes, esclavizar seres, vá directamente en contra del niño que tiene que formarse en la comedia social mal representada, sobre la que, fatalmente, descansará su educación futura, susceptible de desmorarse al primer paso con bases corroidas por su herencia y por su ambiente.

¿Que bién se hace al hijo que nació de la casualidad, del interés, de la imposición, de la desinteligencia...?

Los creyentes, que saben del alma que anima a esos seres, ¿cómo responderán ante su Dios de la obra fracazada?. Los no creyentes, ¿estarán satisfechos de echar al mundo seres que los acusen de su egoismo?. ¿no gritará en la conciencia, a los que piensan más, el atropello que consuman con seres indefensos, obligándolos a arrastrarse por un ejemplo de falsa moral? Y, todos los que predican en su nombre, ¿no piensan que un día se les volverán para inculparlos de sus palabras sin sentido?.

¡Es una profanación al niño, invocarlo en una oración que vá contra toda las religiones!.

Y, por otra parte, ¿cómo pueden dejarse engañar las masas, sin pensar que una nueva ley, el divorcio por ejemplo, podría salvar todas esas dificultades con que amenazan los defensores de la exclavitud e hipocresía autorizadas por una Ley que no cuadra con la hora actual?.

No es cuestión de amparar la situación del niño literatura sentimental y acomodaticia, el fin es seguir explotando la ignorancia, para que el trono, por siglos sustentado, no se venga al suelo.

El Dibujante

Dibujaba con interés en apariencia, o por deber. No me percaté bien. La pieza blanca, escasamente amoblada, me pareció fría. El muchacho tenía toda la seriedad de un hombre. Me dió pena. ¡Una pena muy honda, muy fuerte!. Sentí un deseo ardiente de abrir la puerta y arrancarlo de ese hielo. Me lo imaginé huérfano, de una precocidad intelectual que, tarde o temprano, pesaría en su organismo delicado.

Esperé un rato y la tarea continuaba, sin más alternativa que el abandono de la pluma, por el compás o la regla que luego volvían a su mismo sitio.

¿Era eso justo? ¿Era ese el proceso que debía seguirse en la educación de un adolescente, que pasa encerrado en un colegio todo el día? ¿La vida respondería a ese esfuerzo, que lo aprisionaba en un monótono cuarto al volver de la escuela? ¿Con qué derecho le restaban esas escasas horas en que, por lo menos, debería respirar a pleno pulmón?

¿Quién devolvería, al estudiante, esos preciosos días de juventud?. Por otra parte, ¿sería ese un anhelo natural del niño o una imposición de esa jente grande y egoista, que no mira los intereses de esa época dorada?. ¿Serían consejos que obligan y que en mas de las veces, sirven sólo para desorientar si no para anular la personalidad del niño?. Egoismo o ignorancia; pero los grandes quieren que el niño actúe como el hombre.

Yo no he visto todavia, a una larva que en frasco esmerilado, siga el proceso natural de su metamorfosis. Si el acaso no levanta la tapa o rompe el frasco, morirá, víctima de sus carceleros, sin alcansar las alitas divinas que logran las mariposas desarrolladas en su ambiente.

Como me hizo pensar este niño contraido y laborioso en el padre o el tutor que se habia responsabilizado de él sin comprender su deber. ¿Habria estudiado a su hijo? ¿Sentiría satifecha su conciencia desentendiéndose de la personalidad del niño? ¿Lo conocería? ¿Habría pensado siquiera en el provechoso fruto que podría obtener de él con una orientación cierta? ¿me-diría la enorme responsabilidad que encierra la formación de un ser humano? ¿se daría cuenta que tenía a su alcance la solución de un gran problema?.

Me asusta constatar que el mayor número de progenitores, no son si no máquinas inconscientes que se concretan a seguir las normas de su abuelos en el control de la vida del niño. La hora presente hace luz clara al deber de padre, muy superior a todos los demás. Se acabaron los monarcas infexibles que dejaron al mundo plagado de pesimistas y anormales. Ya saben todos que, el problema básico del futuro, se cimenta en la formación del niño, que no cuadra con el distanciamiento, con la discertación sentenciosa, el

correctivo tardío si no violento e inoportuno, de una época que muere. Se necesita de cerebro y alma grande para responder a la obra por excelencia. Que sólo el Hombre que ha sabido formar un niño ha cumplido con su misión. Que no hay crimen más grande que torcer una personalidad o anularla, que no es otra cosa que la destrucción de la creación misma.

La Histérica

Revoloteaba la viváz mariposa en torno de la luz, orgullosa y altiva con sus alas. La histérica, con ojos dilatados, intranquila se movía en el sillón. Se cruzaba las manos, impaciente. Reía con nerviosidad. Apretaba, más y más, sus manos delgadas y pálidas. Y la risa, inconciente seguía.....

Y la audáz mariposa, cerquita de la luz, pegaba sus alas y, ensanchando luego el círculo de sus evoluciones, con más gallardía, las volvía a abrir...

La viva pantalla, color de oro, hacía resaltar más la multiplicidad de esos tonos que la histérica envidiaba o admiraba.

La risa seguía, y los ademanes acusaban su sobrexitación. Un grito chillón primero y otro y otro... Luego, una larga y sonora carcajada que vibró por mucho rato en la escena.

¿Se levantó de súbito y, de un salto, cogió a su envidiada presa. ¡La estrujó entre sus manos crispadas!

¡Voló en el aire, convertida en polvo, la bella mariposa que antes desafió a la luz?.

La loca y vibrante carcajada seguía en tono mayor, y la pobre niña, a quien soportaron con enfermizo cariño esa relajación nerviosa, estaba cadavérica. Cayó en frío y profundo desmayo. Su capricho la ninguna educación de su carácter, la tendría inmóvil hasta que la ciencia lograra hacerla reaccionar artificialmente.

Ante la niña inerte. la madre lloraba desconsolada. Todo su gran amor era impotente en este trance que se sucedía cada vez que la histérica sufría la menor contrariedad o imaginaba un triunfo que no podía conquistar al momento.

¡Que dolor más sincero hería a la pobre madre! Sus sueños convertidos en una eterna interrogante, sus esperanzas deshechas en lágrimas, su amor, ¡su gran amor! aguijoneado por su fuero interno. Sentía la voz de reproche a su obra destrozada, que ella no sabía precisar pero que se revelaba en su enorme desconsuelo.

¡Quisiera ser Gitana!

¡Quisiera ser gitana...! y en la blanca mano aristocrática estudiar la vida, como en la del andrajoso mendigo! ¡Quisiera vestir su traje multicolor! ¡Viajar como ellas...! Anónima. Tender la carpa en cualquier parte. ¡Vivir así! Bañarme en el Ganjes...tostarme la cara al sol de Medio-día. Subir las altas cumbres y descender las simas sin que nadie controle mis actos. ¡Hacer vida nunca igual! Si hoy gocé con los ardientes rayos verticales, mañana tiritar de frio en la región polar. Viajar en tren lujoso y en el carro de los parias; En ricos transatlánticos, en barcas pescadoras, en lanchitas a motor, a vela, en sencillos botes, en bongos, en piragüas...Hacer largas jornadas sobre la arena cálida del decierto, con el único anhelo de encontrar la fuente. Vagar días y días por parajes aislados, penetrar las selvas no tocadas, comer en una rancha, el pan duro de los pobres. Conocer las profundidades del Océano. Vivir la vida agitada de los

grandes centros. Atontarme con su ruido, y luego... ir a dormir plácidamente en un sencillo villorio, en cama humilde, pero blanca, para soñar tranquila.....

Estudiar así. Sin ver la cara seria del profesor; sin tener que llegar a una hora determinada, sin que nadie me diga: esto es bueno y esto es malo. ¡Quiero que la vida misma sea mi único maestro Que sola, le pregunte a los árboles cómo viven. Quiero que el río me diga de su melodía. Quiero que el ave me hable de sus alas libertarias, en las que aún no creo. Quiero, por mi misma, auscultar hasta los seres microscópicos en su celo amoroso, que es el equilibrio y armonía de los mundos ¡Quiero estudiar al hombre...! ¡Quiero saberlo yo el rey de la creación, desnudo de fórmulas y pretenciones! A una gitana que vaga, inculta, célula móvil apenas, no se presentarán con máscara.

¡Quiero oir a todos y hacer un profundo bagaje de conocimientos, inquiriendo siempre, para tener un claro discernimiento que me dé la medida cabal de la vida.!

Flor de Primavera

¡Nada tenía que fuera bella y que vengara con su hermosura a las víctimas que sacrifican su carne por el pundonor aristocrático, de las de alto rango, que sienten la exigencia de órganos que atrofían o degeneran por una dignidad que creó el egoismo de los hombres o, simplemente, por bella ignorancia que sus dioses adoran!.

¡Nada tenía que prodigara sus sonrisas cálidas o sus carcajadas sonoras e incitantes, si fuesen guiadas por tan noble ideal!.

¡Nada, que moviese rítmicamente su cuerpo modelado en lo perfecto, si fuera capaz de derrotar a un grosero o a un audaz.!

Perdono que enviciara su cuerpo y su mente en la idea vengadora, para el hombre que la admira, para el hombre que la desea, para el que la canta y la regala. Perdono que explotara su belleza haciendo expiar al macho la esclavitud en que mantuvo y man-

tiene a la mujer, para abrirle paso a un futuro de igualdad. Le perdono todo, menos que sea inconciente de sus actos o que haya encuadrado la idea de sus acciones en la caza de un marido rico, el que podría tener sin ni siquiera pensarlo, si hubiera nutrido su mente hasta marchar pareja con su belleza adorable!.

No fué el deseo de abogar por su sexo, no fué el castigo el que quiso para su polo opuesto. ¡No fué el honor de la venganza.! ¡No fué tampoco el deseo! ¿El amor? ¡No podía ser! Porque este sentimiento vivo y grande que nace en nuestras almas, necesita vida y no podía nacer de entrañas estériles.

¡Era su debilidad reconocida, su incapacidad mental, su pasividad inaudita! Y esto, la empequeñeció, la aniquiló...Necesitaba el brazo que trabaje por y para ella, la cabeza que piense y el corazón que sienta. El rico le dará su dinero, su fuerza, su idea y...¿el corazón? ¡El corazón...! Saciado el apetito de la carne, se lo dará a otra que lo comprenda sin más atractivo, talvez, que la esquisitez de su espíritu ilustrado o la generosidad de su alma sana.

.....

Desgraciadamente, la mujer bella, se conforma con su don, no integrando su belleza. Y sirve sólo de carne a los amigos del marido que se ensañan en su poderío, rebajándola, hundiéndola, marchitándola, hasta acabar con su único tesoro...! Y esa que fué la elegida, que envidió la primavera, será el andrajo ajado y mezquino, será el vaso de herencias malditas, cuya prostitución pesará sobre seres indefensos, sobre bellas mujercitas, que engendrará el contagio de su sangre empobrecida, adulterada en su estúpida belleza...! Y el diabólico eco de su risa cristalina, repercutirá en las generaciones contrarrestando el ideal de las verdaderas mujeres que luchan por la noble divisa de la Vida, que es su liberación.

Claridades

—A ti te gusta el flirt?

—Si.

—Yo creo que no es propio de una mujer casada. Es una apariencia que condena a la esposa.

—Tu crees entónces que, una mujer, antes de contestar a una galantería, debe indignarse o colorearse hasta la frente como una niña. Yo, pienso que estos no son actos vergonzosos y que no tengo por qué tomar la vida por su lado malo.

—Pero..., la censura de la sociedad, la desconfianza del marido...

—Me tienen sin cuidado.

—¡Hay que pensar en el mundo de los vives!

—Yo respeto a la sociedad en que vivo con todo sus errores y prejuicios; pero creo que si nadie da un paso mas, iremos como el camarón.

—Los redentores mueren crucificados.

—Y, si soy así? ¿Y si no puedo vivir hipócrita-

mente?.

—Yo pienso que tú no quieres a tu marido y que, aunque te crees tan sincera, no tienes la valentía moral para decírselo. Y, así, sigues en una comedia que día a día te irá perjudicando más.

—¡Explícate!

—Te he visto en un salón de patinage, estando tu hombre, estusiasmadísima...Te supuse citas con aquel eximio violinista...Me parece que te gustó el de La Cuna vacía cuando recitó en el teatro, esa noche que fuiste conmigo. Te oí aplaudir freneticamente al que cantó Gitana ¿recuerdas? Temblabas como una mocosita cuando recibiste, en esquela rosada; Talento, Virtud y Belleza», que te dedicara Ferrer, después de la velada de caridad que organizaste a beneficio de la barca inglesa que encalló en Cucao. Te acuerdas, cómo leías y releías el «Huérfan» que te dedicó Diaz, después de la tertulia en que se te ocurrió ir con un cintillo negro, contrastando con su traje blanco?

—¡Sigue!.

—Yo no olvido cuando, a tu llegada a la casa, después de un largo viaje por mar, me decías orgullosa, que tu niña había sido el juguete preferido de todos y que tú, no estabas cansada a pesar de haber tocado piano toda la noche por acompañar a un artista que cantaba muy bien, con mucha expresión..... No olvido cuando me dijiste ¡Yo, no pensaba en nada! El salón estaba lleno de gente, que admiraba al artista.....Estaba en la antesala de la Gloria, bendiciendo ese lenguaje divino que sabe decir lo que todos los idiomas dejarían truncos» Y, así, si sigo, te demostraría fehacientemente, que a ti te gusta la vida galante.

—¡Exelente memoria! Me gustaría mucho que nunca olvidaras esas preciosas alternativas de mi vida casi árida.....

Estos no son todos mis pecados capitales. La confesión total de mi desiquilibrio, te la haré más tarde, aún cuando tú no estés del todo capacitado para absolverme.

—Yo creo que un sabio, te haría perder la cabeza.

—¿Un sabio? Comprensivo...¡hombre...! ¡Talvez! Me gustan un momento, no más. Cuando están con su aureola de triunfo, en la tribuna, en el libro,... Cuando los conozco más, los encuentro menos ¡Me gustaría que no hablasen! Son casi todos petulantes y poco psicólogos. Pero si un día lo encontrara, entre los sabios, entre los artistas o entre los anónimos como es mi ideal, le daría mi amor ¡El amor, como yo lo concibo y, echaría por tierra las barreras que me aprisionan! ¡Saltaría por encima de las mallas y, cual mariposa sutil, tendería las alas para llegar...¡no se hasta donde...! porque no selesione el prestigio de los parientes consejeros, moralistas, como tú.

—¿Serías capaz?

—¡Claro que si!

—¿Le has hablado así a tú marido?

—Muchas veces: antes y después que me casara.

—¿Se lo has dicho francamente?

—¡Francamente!

—¿Y qué dice?

—Se hace el que no lo cree o me habla de su derecho legal. Tu no puedes perdonar mis ideas. Y, es claro, como eres hombre, adoras la estupidez con buena máscara. Y, tienes razón, porque ese ejemplar, ataviado bien, es un mueble de mucho valor que justifica todo. Tú, no puedes perdonarme, ¡No puedes hacerlo, como yo no podría exigirte una confesión! Tienes una patente que te consagró. Te sabes inteligente. ¡Eres un marido ideal! Y esto lo sabe muy bien tu mujer. Ayer no mas, me decía que tú no se-

rías capaz de una infidelidad...Que si no querías un hijo,...era...por no recargarla de trabajo y porque nacería cuando fueras un perfecto adinerado. Está muy agradecida de tu castidad, de tu alto concepto de la procreación; como lo estás tú de su belleza física!..... Te voy a decir dos claridades, si tú me autorizas.

—¡Claro!

—Cuando me invitaste a dar éste paseo, la conciencia se te asomaba a la palabra. No podías dar expansión a tu espíritu perturbado, en ese rincón destinado a la vida de hogar. ¡La profusión de las ricas colgaduras, los muebles valiosos, te restarían esa libertad que necesitaban tus pulmones para respirar a su gusto, para expulsar el aire que se comprimía por el aceleramiento de tu corazón, por el grito de una conciencia acusadora! ¡Es digna de estudio la fisiología de los hombres fieles!.

Tu adoras a tu mujer como ella a tu dinero.

—No creo que eso la interese.

—¡Mejor! Y si yo estuviese en lo cierto, sería, siempre, demás para esclava legalizada...¡Recuerda!... El Domingo, cuando tomamos el desayuno juntos, cuando Uds. estaban en su cama, y me llamaron para departir o testificar esa felicidad envidiable...(Ella usa narciso negro de mucho tiempo. ¿No es cierto?) ¿Narciso negro?

—Sí.

—Tu no usas ni aguas de Colonia.

—Nada.

—¿Y la pieza estaba llena de esencia Divinia... (No olvides que yo usé la misma durante toda mi primera juventud) ¡Eres un perfecto marido!.

¡Quizá en el Lucerna o en el Crillón se dan ese lujo, y tu te sacaste la ropa ante toda la gente para impregnar tus poros de ese perfume!.

No sería, en ningún caso, en la peluquería, por-

que, como hombre, no podrías haberte rebajado hasta una feminidad casi infantil!.

En ningún caso quiero decirte, que la rubiecita cándida que llevabas en tu coche el Sábado, al pasar yo frente al Victoria, te hubiese compenetrado de su esencia. ¡Eso no podría ser! Tú le dices siempre a tu mujer que, ella y nadie más.

¿Por qué dejaste en el baño tu ropa interior, en la noche de ese día, cuando eso perjudicaría a la empleada dándole más trabajo? ¡Descuido! Un hombre generoso, no impone trabajos supérfluos.

—¡Que! ¿Mi mujer te dijo?

—¡No hombre! Yo me bañé en-seguida. Creo que a ella le falta el olfato...Por lo de la esencia. ¡Es cómodo eso!.

—¡Eres sarcástica!

—Yo no cuido del honor ajeno; pero me fijo en detalles, no por inmiscuirme en la conducta de nadie, apenas si la considero como el bote y rebote de una pelota, sino por estudiar, y claro, como mujer, me gustan más los detalles de la vida de los hombres... Soy audáz, porque quisiera que todos los grandes pasasen por mi retina para estudiar sus pequeñeces y comprender el derecho que les asiste al dictar códigos morales a su sexo contrario.

—Está bien que pienses así; pero es mejor no aparentarlo. No es suficiente ser honrada, hay que demostrar serlo.

—Sí esa la moral del día.

No quiero que afirmes ¡El triángulo divino te quedó chico y el intríngulis de tu conciencia es de que la casada de los ojos de aceitunas y de pelo castaño, se ha percatado de tu cariño por la hermanita rubia. Y no le dá el tiempo para pensar que tu eres tan platónico como los caballeros de la Edad Media... La fuga con la chica...Pero, ¿y tu amigo? El, que

te ha brindado su cariño y su confianza y que en sus sesenta y cinco cumplidos, hace versos para tí?. ¡La Corte se resentiría con tus elocuentes alegatos!.

No te pongas triste. El sentimentalismo no es propio en el hombre. Sigue, tranquilo, ayudando a pervertir ésta sociedad, si es que le cabe mayor perversión, hija de la hipocresía, de la honradéz aparente. Yo puedo hablar claro, no sólo a mi marido, porque mi nazarenismo lo necesito para otras cosas de mayor importancia ¡Tú, sigue, como hasta ahora ¡Si todos fuésemos iguales, no tendría la vida su bella complicación.

—Es inteligente tu ironía. Nadie hasta hoy sabía mi secreto. Has hablado con profunda razón. ¡Es así!.

—Así, claro.

—Hablaremos mañana.

—Pero no hablemos más del buen o mal nombre para no conocer el horror del vacío.

Dos Hombres Grandes
o
Dos Grandes Hombres

Conocí, en un balneario del Sur, a dos hombres grandes que, en la Capital, se dieron en llamar *grandes hombres:* Un poeta, sin melena pero con metro antiguo. Rótulo de su vaciedad: Médico. El otro, un distinguido abogado, que se había ocupado en encontrar la razón de nuestros códigos, que la tuvieron en tiempo de Manú, de Manes y, aún, de Mises, cuando podía culparse a Dios, o a una de sus revelaciones, el uso que se hacía de sus leyes. Porque en ese tiempo era, Dios, muy democrático y bajaba a pié al monte Sinaí, Ahora ni en trimotor aceptaría un descenso.

¡Cuadro vívido que no olvidaré ¡Desde una barca contemplaba la tarde divina. El cielo casi azul y el mar color de aceituna. En la islita de piedra, las blancas gaviotas agoreras de mal tiempo y en la arena de la costa, la alegre juventud entonando diversas melodías, mientras se prepara para lanzarse al mar que luego acariciará, con su tibieza sus cuerpos rebosan-

tes de vida. A la caprichosa sombra de un robusto pino, los dos superhombres, tendidos en la arena caliente, en traje de baño, que no les cuadraba muy mal, reciben los rayos del sol, tomando el descanso que se sigue a la sumerción. Es de estilo ésta pose cuando son grandes energías las que se deben regalarse.

Enrumbé a la playa e hice puerto, frente al mismo sitio en que ellos departían, reservadamente, a voz en cuello. Después de todo, eran galantes. En cuanto me vieron, el médico me hizo una venia magistral y el abogado más esbelto, con noventa y nueve kilos por lo menos, se puso en pié, y me alargó la mano para que desembarcara. La presentación fué breve como que no había mediador y como que yo era un ave de estudio o una escéntrica y gracias. Me ofrecieron un lugarcito a su lado y me invitaron a departir un momento, no sin que antes me dijeran sus títulos y demás datos que precisare la honrosa distinción de que era objeto.

Me hablaron, luego de escritores célebres, condenando a los mejores; de las *aberraciones* y *total desequilibrio* de los poetas nuevos. Hice, a las mil maravillas, mi papel de oyente, y era justo, ante tanta ilustración.

El abogado me habló mucho, ¡pero mucho! de las *ridículas pretenciones* que tenían algunos *desmoralizados*, como que habían ido a países de costumbres *relajadas*; de que en un país como Chile se implantara el divorcio. ¡Y esto, señorita - me decía - traería la ruina de los hogares, la perdición de los hombres! (Como si eso necesitaran para una mayor perdición) Sería, francamente la muerte de una sociedad que está tan dignamente cimentada en el matrimonio civil y religioso.

¡La mujer, decía el médico, con palabra reposada

y axiomática, dejaría de ser mujer al cambiar de marido! Y por otra parte, ya no sería la dueña de casa pendiente de sus deberes. ¡Descuidaría la Iglesia que nunca podrá aceptar la disolución del vínculo divino que se contrae en el matrimonio religioso!

Me miraban satisfechos, complacidos, de mi asentimiento, con el silencio.

Me despedí, satisfecha no, pero agradecida de que hubiesen pasado por mi lente dos más.

Y pensaba...¡Contra el hogar el divorcio. ¡Contra el hogar deshecho, aniquilado ante, por y en nombre de una ley retrógrada. ¡Grandes hombres que no se detienen a escuchar la voz que sale de la regia mansión, tan suplicante como de la humilde buhardilla. ¡Es la voz del divorcio que grita sin apoyo! La prostitución clandestina y el adulterio. si no se quiere mirar más, serían o deberían ser suficientes para convencer y derrotar a tantos señores que quieren seguir su perversión a la sombra de una Ley buena para tiempos pre-históricos ¡Ellos no necesitan divorcio, salvo cuando con cabeza de hombre queda un alma sana ¡Ellos no lo necesitan; porque la Ley les concede el mueble decorativo, que puede ser manequí o célula pensante: siempre máquina necesaria para el conformismo social. Lo demás, ¡No importa! Si falta belleza, la buscarán. Una querida suplirá y luego... otra y otra...La deshonra, el dolor, la miseria de una mujer, fué siempre una honra para el hombre. Y sólo la ley actual padrá dar la sociedad y hasta la altura a sus pasiones bastardas.

Los Padres Callejeros

Un amigo me contaba cómo él tenía más de un padre. Llama así, a los moralistas callejeros que buscan el placer en el barro inmundo de apartadas callejuelas.

—Cuando yo era un muchacho de diecisiete años, más o menos, departía con mis mejores amigos en un banco, a la sombra de los árboles de la Plaza, cuando se detuvo un auto lujosísimo, bajó una mujer elegantemente ataviada y me avisó que en la casa de la Sra. N. N. me esperaban en la noche. Nos consultamos y, para hacer más corto el relato, entre ella y nosotros, acordamos ir inmediatamente. Pero no pensamos en que, a nuestro lado, en el banco vecino, estaban coordinando sus Códigos el Capitán de Puerto, viejo solterón que sabía a conventillo, un profesor de Historia, apóstata que al primer romadizo doblaba la rodilla ante la Virgen y el Primer Alcalde, alemán de pura sangre, muy distinguido, con una honorable

y numerosa familia, que guardaba en nombre de Cristo, el secreto, abortivo para no deshonrar a las rancheras o para no menoscabar su reputación.

.....

—Hicimos una noche de verdadera orgía, sin el menor desembolso de dinero, ya que ninguno de nosotros tenía un solo peso ¡Y quién nos podía dar plata para que nos corrompiésemos!.

Venía yo por la esquina de Correo, a las díez de la mañana, ojeroso y pálido, pero agradecido y feliz, cuando me encuentro al antiguo profesor. En su mirada comprendí el reproche.

—¡Ya sé! ya sé. ¿Cómo es posible que tú, muchacho, vayas a esos centros de corrupción y de vergüenza? ¡Un estudiante! ¡Nó! ¡Eso es imperdonable...y tú que deseas ser un hombre! Y que dirá la gente que llegue a saber...Un niño de familia honorable que se rebaje a eso...¡A mi ya me salen canas y todavía no recuerdo una desvergüenza igual! ¡Ese foco de impudicia se estableció aquí hace tres años y yo, no sé por dónde se entra. ¡Es necesario que me dés tu palabra de no visitar más a esas Señoritas!.

Se lo prometí, honradamente, sin saber dónde escondía la cara.

—Y...si no...¡tendrá que saberlo tu padre!.

—Respiré cuando pude deshacerme de mi segundo padre.

—A la hora del almuerzo, Frias, el Capitán Marítimo, me esperaba en casa de mi abuelita. ¡Temblé ante el nuevo encontrón y ante la idea de que la buena anciana o mis tías estuviesen en antecedentes de mi pecado! No sabía que hacer por que pasasen volando los minutos.

Charlaron ellos de muchas cosas. Yo, con la ca-

beza baja ni siquiera oía.

La abuelita me preguntó si estaba enfermo y a cada rato me miraba con más curiosidad, pero afectuosa como siempre. ¡No sabía! ¡Luego el viejo guatón tallaría conmigo!.

Al terminar me invitó al muelle. No pude negarme y allí supe, en mil vituperios, la existencia del padre tercero.

Estaba en lo mejor de su prédica, cuando Hauslingen, el Alcalde, nos saludó. Menos grosero que los otros, me exhortó hasta el arrepentimiento. Me habló de cuanta palabra hueca o elástica tiene el idioma: dignidad, buen nombre, pundonor, hombría,...Temblando de vergüenza, le dí mi mano, en la promesa de no volver más a tal casa.

.....

A la hora de la retreta, como de costumbre, nos encontramos los de la farra. Al chiquillo Schlind nadie lo había reconvenido porque había salido para su fundo...(?) Al Guardia marina Alvarez, no le habían reprochado sus ojeras porque fingió un fuerte dolor de cabeza y le dieron un calmante que lo hizo dormir todo el día, para seguir soñando. Y, a Uribe nadie le había visto las narices en todo el día. Con una tarjetita había dado cuenta al papá, en la noche anterior, que estaba invitado por dos días donde los chiquillos Fidleker, del Lago (Ud. sabe!) Ese tenía mucho más estudio que nosotros y ya sabía lo que era habérselas con su padre y los padres callejeros.

Les conté, a grandes rasgos, mis apuros ante la peternidad inflexible y mi promesa solemne de no volver más a tal casa.

Uribe me consoló. Nos habló con calma fraguando un plan. ¡Esta noche será nuestra — nos dijo — a

pesar de los padres antojadizos! Pero, seremos más precavidos: iremos más tarde y regresaremos a la casa a una hora conveniente. La hora de salida del teatro. ¡De acuerdo! Pero yo reclamé por mi promesa empeñada. Y, en vez de ir a una casa higiénica, nos fuimos a una de segunda órden.

Estábamos instalados y en muy buenas condiciones, cuando, emponchados, con botas y sombreros alones negros hasta las orejas, entraron los tres padres. ¡Nunca me he sentido más hombre! Yo había cumplido mi promesa y ellos, los moralistas implacables, estaban disfrazados de nuevo. ¡Casi se van de espaldas cuando nos vieron! Ya estábamos con algunas copas y, como el licor revela hasta el secreto de los genios, hablamos claro.

Total que ellos tuvieron que implorar la reserva de cada uno de nosotros. En ese templo predicaron otra religión: ¡La natural, la única! Pero, como todo el que predica en falso, tuvieron algunas escusas para justificarse. El uno argumentó que el plato repetido hostiga; el alemán, que su mujer estaba en cinta, y el viejo solterón, que no podía tener públicamente una querida porque vendría sobre su puesto.

Y, así, todos necesitaban de su polo opuesto, pero nadie debía saberlo para no lesionar su reputación.

.....

¿Cual es entonces la moral social de nuestro siglo? La apariencia: sincera o hipócrita. ¡No importa! ¡Apariencia!.

Confidencias

¿Por qué dime, madre mía, no nos sale a veces, la palabra cuando grita el alma aturdiendo nuestra mente? ¿Por qué, otras, nos hace verter lágrimas el dolor de los seres anónimos que vemos en la calle? ¿Por qué se convulsiona nuestro ser por una palabra de ternura y, luego, esperamos la noche para derramar esas lágrimas que no podría nadie justificar? ¿Por qué, dime, hasta el acento tuyo, que siempre fué para mi lo más querido, me oprime el corazón? ¿Por qué enmudece la palabra y tirita mi cuerpo de aflicción cuando el luto toca a la puerta del hogar vecino? ¿Por qué en la hora de la penumbra, encuentro trágica la ida del sol? ¿Por qué me hace sufrir el monótono sonar de las campanas del convento?.

—¡Hija mía! eres demasiado sensitiva, demasiado generosa, demasiado femenina...

—¡Sí, yo sé que es pena, que es dolor del alma! Pero quiero saber a qué órgano hiere esta pena que

tiene tan honda repercusión en todo mi ser. Tú me dirás que no tengo ni razón para auscultar tanto en medio del enorme camino que me rodea.

¿Estará en la mente? ¡Nó!, porque, cuántas veces el reciocinio frío me ha dicho que hay cosas mucho más grandes por las que nunca me he amargado. ¿En el corazón? ¡menos!, porque un órgano tan delicado no podría resistir esos golpes bruscos y repetidos de mi amargura. ¿Dónde está esta pena, dónde nace? ¡He pasado días y noches buscando el emanador del dolor!.

—¡Hija! No creo que la materia misma lo engendre. Debe ser algo mas sutil.

—¿Qué tiene de noble el dolor para tener un origen divino? Si tu me dijeras que la alegría nació en ese mundo celeste, estaríamos de acuerdo. Yo creería entónces en ese más allá, en un escenario que se abra cuando cerremos la puerta de esta vida mísera. ¡Pero, el dolor...algo que agosta, que aniquila, que nada tiene de bondad ni ciencia; algo que contagia y obscurece la vida, ha de tener su principio en alguna o muchas de nuestra células más burdas!

El dolor...es el polo negativo. ¡Nó!, porque en contacto con el opuesto, es de valor inconmensurable! ¡Nó! Esto es sencillamente una locura. El dolor es carencia de color en la luz, invariabilidad en la forma, falta de armonía en la palabra, desentono en el paisaje, ¡carencia de vida en el alma! ¿Qué es el dolor, madre mía?

—Tú lo has dicho hija: Es falta, desarmonía, insaciedad...

—Eso sí. Pero, ¿en dónde nace para estinguirlo ante que nos extinga?

—Se deduce, que en nuestros propios sentidos, que, al par que van refinándose, van creando nuevas exigencias. La muerte del dolor o su corta vida, de-

penderá sólo de un claro discernimiento para hacer el uso debido de nuestra voluntad.

—Eres reflexiva, madre, eres comprensiva, eres sabia. Yo tengo sed de amor. Ahora me explico: desde que conocí a Heberto, hizo nido en mi alma ese dolor aniquilante, marchitándome. Ahora nó, madre, ahora mataré el dolor, porque se que esa negativa tonta que aprendí en las fiestas sociales, harto hipócrita de las mujeres mediocres, es un arma que se vuelve contra el que la esgrime.

Ya no seré la esquiva y burlesca, por que sería seguir mintiendo. Le abriré mi corazón y el dolor morirá de un golpe ante nuestra santa comprensión. ¡Caerá hecho cenizas al calor de nuestro amor!.

Confidencias

No se si tú pusiste cuidado, papá. Ayer, cuando el sol enviaba sus rayos verticales a la tierra, Irma abrazada con la mamacita, hablaban como dos viejas amigas. Las miré con adoración y respeto. Tu vieja, la flor madura en pleno lozanía; mi hermana, el capullito prometedor, con su encantadora gracia y su belleza cándida. ¡Hermoso cuadro, que me hizo pensar con qué razón dices tú que son nuestro inapreciable tesoro! Todo nuestro cariño es poco para ellas. Pero yo las envidié, te confieso, siendo que no tengo un solo reproche para ninguna. Tengo envidia, porque te has puesto serio y ya no conversas como antes conmigo. No olvides que soy menor que Irma y que necesito mas orientación que ella.

—¡Te pones regalón, muchacho! Te he oído pensar como un verdadero hombre y ahora, quieres que te siente en mis rodillas y que te diga cosas de niño ¡Nó, Luis, eres un hombre, el hombre que yo

deseé y del que estoy orgulloso de ser padre!.

—No me entiendas mal: Yo se bien que, aparte de la savia de vida que me diste, la fortaleza de mi espíritu, responde a tu herencia y a tu tino. ¡Pero te encuentro raro hoy! ¿Olvidas que los hombres también necesitan dar forma a la idea? ¿O quieres tú, que el concepto muera sin nacer?.

¡Te juro, que antes de preguntarte algunas cosas que, de seguro, llamarás ingenuidades, desearía saber cuál fué el tema de ellas! Yo volví una hora después y seguian abrazadas confundiendo risas y lágrimas... Por supuesto que eran felices.

—Eso me llena, Lucho. El tino de tu madre es admirable como la comprensión de la niña. Pero, ¿qué quieres tú? ¿Que nosotros tengamos esas delicadezas tan propias de su sexo y que no nos cuadrarían?.

—Hagamos un paréntesis y dime: ¿Que es dicha? ¿Quién la dá? ¿Qué produce la alegría? O más bien, ¿por qué traspasa el dolor un umbral santo como el nuestro? ¿Qué es el dolor, padre mío? ¿Cómo te lo explicas tú? ¿Por qué ahora no más, me sale la palabra difícil o muere en mi garganta? ¿Por qué siento el ansia, nunca sentida, de llorar...?.

—Sencillamente, porque el cariño filial no lo llena todo hijo mío. El dolor es hijo del vacío.

Por ejemplo: ¿Qué sacarías, tú, con nuestro gran cariño si, muerto de sed, no encontraras la fuente? ¿Cómo funcionaría tu aparato digestivo, si nó pudieras comer? ¿Cómo pensarías si te amputasen el cerebro?. El órgano que no funciona muere...o como dicen los biólogos: «La función hace al órgano». Tú eres un muchacho viril y fuerte, ya exigen tus órganos sexuales una vida real. Si no das con el amor, hijo, encontrarás a la mujer, vaso bendito que integra nuestro ser, que saciará tu sed, aminorando tus ancias.

¿Quieres un consejo, Luis? La mujer generosa que llenó un vacío en tu vida, no sea para ti un objeto de desprecio, un nombre que se denigre. ¡Págala tú! y no veas más en ella más que el ánfora de salvación. No la prostituyas aún siendo remera; no la veges aún siendo tu querida...Y cuando encuentres el amor o lo sientas, no quiero que la atroz ceguera de ese sentimiento tan necesario y digno te obscurezca la mente para brindárselo a una mujer que no te comprenda, porque...¡morirías!.

Acorázate con voluntad de acero para que, con los ojos bien abiertos, comulges integralmente con ella hasta que estés convencido de que ese amor es recíproco. ¡Es difícil el problema, pero tú eres inteligente y tengo la intuición de que hará, como yo una adquisición que cuadre con tu sana espiritualidad, con tu mentalidad fuerte y con tu cuerpo de mucho perfecto!.

La Mujer

Nace, como la planta, tierno, el niño. Su sistema óseo es delicadísimo, su sangre circula debilmente, sus cualidades superiores están en embrión, por decirlo así. La mujer es la encargada de su desarrollo, que es el más delicado y difícil problema, ya que es el eje de la vida.

La mujer, creada para completar la vida, para darle forma, exige un estudio minucioso y delicado, ya que de ella depende el destino de la Humanidad. La Naturaleza, en su sabia justicia, le dió buena dote de amor, de talento y de hermosura. Le dió calor para retornarlo en vida. Si en principio se desconoció el alcance de su gran significación, la evolución no permite retrasar por un día, la atención que debe prestársele a sus más insignificantes manifestaciones.

Es ella, en su papel de madre, la tierra que debe producir y, como tal, debe rebosar la salud bajo todos los aspectos. Su debilidad física conocida, no es

más que prejuicios por desvanecer, ignorancia que necesita sabia y vivificante luz. El conocimiento cabal de sus deberes le dará tino para desviar esa ruta hereditaria; el dominio de su carácter, le dará fortaleza para contrarrestar su debilidad física.

Todo cede a un ejercicio concienzudo. Se puede modificar el cuerpo, como el sentimiento, como la mente; todo depende de la acertada dirección de nuestra voluntad.

Llevamos en nuestra envoltura, ya tosca o delicada, nuestra verdadera personalidad, y debemos estudiarla en su verdadero valor. Más que la máquina que ejecuta, debe interesarnos la fuerza que la mueve y más que la fuerza que la mueve, el núcleo que la produce. ¡Conocernos a nosotros mismos! He ahí el principal problema.

La observación detenida y el razonamiento sano nos demuestran que de nuestra conciencia, de nuestro yo, o como quiera llamársele, depende todos nuestros actos. ¡El yo produce fuerza que mueve admirablemente nuestro cerebro y que reproducen nuestro cuerpo para producir sano o dañoso fruto. ¡Que nuestra conciencia obre en toda su pureza y el fruto será intachable!.

Algo más noble que la bellísima flor de perfume delicado, más que la sabrosa fruta, exige a la mujer la Madre Naturaleza. Ella quiere que, ya que la dotó de cualidades superiores, le retorne cuánto más acabado el modelo humano, que durante algún tiempo debe almacenarse en sus entrañas y nutrirse con su propia sangre, que con alimentar a cada uno de sus órganos, estimulará sus más elevadas funciones.

El problema de la educación de la mujer podría resolverse así: Desarrollo corporal, formación del carácter y conocimiento de la verdad sin velos ni disfraces: nada de misterios ni de ritos. La consecuencia

sería la verdadera salud física, intelectual y moral. Sin engañar ni engañarnos, resplandecerá en todo su brillo esa luz que ensombrecemos, a cada paso, con nuestras imperfecciones.

Todos debemos propender al mejoramiento de la raza y como a la mujer incumbe la parte primordial en esto, debe inducírsela a encontrar la Gran Belleza de la Vida, desde luego. Sin escatimarle el agua, el sol, el aire, el ejercicio y el alimento adecuados, que le son indispensables para su desarrollo corporal, se le instruirá con celo en la Verdad, que es sabiduría en la ciencia, armonía creadora en el arte y nobleza comprensiva en el amor.

La mujer, educada así, cumplirá los fines para que fué creada. Penetrará sin recelos su misión y esperará con gusto la hora suprema del advenimiento del hijo, a quien procurará los más juiciosos cuidados y, ese pedazo de ella misma, será el mejor exponente de su perfección.

¡No olvidemos que de la mujer depende el progreso de la Humanidad!.

Demos una mirada de retrospección al tiempo y veremos ilustres redentores que nos asombran con sus doctrinas, que marcaron época en la vida de los pueblos, y esa sangre que corrió por su organismo, fué sangre de mujer. Los bravos de los tiempos primitivos se hospedaron en el mismo seno. Los revolucionarios de la ciencia, los filántropos...y, todos, debieron de formarse así. Y con sangre de Ella se formó el principio de todos esos seres humanos que pueblan la tierra!.

¡Cultivémosla con amor! Será más bella nuestra hija, más amante la esposa, y la madre más abnegada, más conciente!.

Noviecita

¡Juguete adorable! ¡Muñequita de oro! ¡Primer retoño de su amor! ¡Cómo la querían ellos! ¡Cómo se deleitaban en su obra maestra, cuando el sol bañaba de luz sus bucles dorados, y sus verdes ojitos, que hablaban de flores, de versos, que reían antes que su boca chiquita y graciosa! Sus juegos, sus mimos, sus palabritas de lenguaje propio, hacían la dicha del hogar.

El amigo de la casa, D. Cárlos, la quiso mucho. Tanto le atrajeron sus gracias infantiles que, poco a poco, la hizo su juguete favorito. Por las mañanas, a medio día, por las tardes, a toda hora que el trabajo se lo permitía, se hacía un recreo con la niña precoz y atrayente.

La llamó su noviecita. Y la noviecita cándida, sintió honda satisfacción al saberse querida.

Lo esperaba impaciente. Todas sus conversaciones, todos sus juegos le pertenecían. Soñaba con él y

se hacía un mundo en rica imaginación, con el novio, que fué talvéz, el novio más querido.

Una flor arrancada al jardin...se la daría a Cárlos y se vería más bonito. Un dulce...tendría el encanto de comérselo con él. Y todo el día hablaba a su madre de los paseos que haría con su novio cuando fuese ella una personita grande. ¡Cómo tendrían una casita hermosa para los dos! ¡Vendería, regalaría todos sus juguetes para jugar sólo con él! Y en su inocencia pura, hablaba del novio con tal encanto y sencillez, que los padres gozaban escuchándola.

Los novios vivían una hermosa vida de ensueños. Se quisieron con cierto egoismo. Siempre le parecían escasos los momento; las horas mucho más cortas que cuando jugaba a las muñecas. ¿A dónde irá, mamá?—preguntaba por las noches cuando él se retiraba.

Luego fué, para la niñita, una obsesión de todos los instantes.

Lo esperaba en las mañana y le pedía que la peinase — Todas las manos eran torpes para desenredar su dorada sedita — Lo besaba, enseguida, con toda su alma y le rogaba que volviese luego. En la puerta calladita, lo miraba perderse y volvía a cada rato en espera de su regreso.

¡Cómo saltaba gozosa! Gritaba de júbilo al mirarlo venir. Se abrazaba a su cuello como si hiciese largo tiempo que no lo veía. ¡Mi novio! ¡Mi novio querido! ¡No te vayas!.

Y en las tardes, cómo la incomodaban las visitas de otros niños! Su Carlos llegaría y con él sólo quería jugar. Se dormía placidamente en sus brazos. El, en silencio, la acostaba en su camita pequeña besando, quedamente, sus manitos y su frente.

¡Volvería mañana a ensortijar los rizos de la noviecita inmaculada!.

«Carlos no llega, mamá. Sólo veo gentes estrañas con hermosos ramos. Mira tú! qué lindos canastos! ¡Cuántas flores! ¡Tantas! ¿Que será?

Y Cárlos, ¿por que no viene todavía a peinarme? ¡No me toques tú!.

Y en la puerta, con su almita dolorida, tristemente ve correr las largas horas.

Es la hora del almuerzo—dice el padre—¡Estercita, ven! ¡Ven, hija querida! ¡Ven...y luego vendrá tu novio!.

—Si, ya voy papá, Y el traerá flores para mi.

Y asi, ilusionada, se sirvió tranquila.

Corrió enseguida a la puerta. Y ante ella, un cuadro nunca visto: Cárlos, mas bello que otras veces, todo de negro, con una mujer hermosa vestida de blanco y el cortejo de flores.

Cayó desvanecida sin oir siquiera cuando Cárlos, desde la calle, la saludaba diciéndole: ¡Adiós mi noviecita!.

.....

Está anciana, la inocente novia y, aunque el amor la regaló con sus caricias, aunque tiene bellos angeles que la alegran, cuenta triste su historia de amor.

Noche Trágica

¡Salida de mar!—gritaban en la calle unas cuantas voces de niños y de mujeres. El pueblo corrió a pesar de lo avanzado de la hora. No era una salida de mar, precisamente, si no una enorme tempestad, que causaba horror. Rugía el viento, silbaban las olas estrellándose contra la playa, para subir hasta las calles salpicando las murallas. El mar embravecido, hacía presagiar la dolorasa tragedía de que fuimos testigos.

A poco de llegar a la orilla distinguimos una luz en el mar. Pero muy distante. La noche, completamente obscura. Sólo las olas se veían blanquear al reventar en las piedras. La luz se precisaba más a cada rato. Parecía, que del rugido sinistro del mar salían voces humanas. Ayes de seres que habitarían en los confines de ese mar que, en su convulsión extraña, desafiaba sus débiles vidas. Cada ola que moría en las cortantes rocas o en la playa fría, víctima de su cólera misma, hacía vibrar más hondo el eco

de esos lejanos pero intensos lamentos. No había duda que eran seres que luchaban desesperadamente por salvar de las iras del océano.

Aguzamos el oido y las voces angustiadas, intensas, llegaban al alma haciéndonos estremecer de pavor, de conmiseración.

¡Un galope de caballo, por la única calle de la pobre aldea! Volvimos maquinalmente la cabeza los tres que quedábamos, porque consternados los demás habitantes habían regresado a sus casas.

Desmontó Hernández, y nos dijo que esperaba a su mujer y a sus hijos que venían en chalupa desde el pueblo en que vivían. (veinte millas de distancia) el había preferido el viaje por tierra porque no le gustaba exponerse con viento y además, si los niños mareaban por lo grueso de la ola, tendría que ayudar a Luisa, y el llanto de la güagüa, que tenía sólo un mes, era una cosa odiosa y, por otra parte, ella tenía nada más que veinticuatro años, suficientemente joven para avenírselas con los ocho hijos con que él la había regalado. Hernández hablaba todo esto con una serenidad que ponía los nervios en dura tensión. Le increpamos su indolencia, su cobardía, más bien. El dolor de la joven madre nos hacía sentir odio repulsivo por el semisalvaje egoista que sólo cuidaba de su persona y ni se impacientaba por la suerte de esos seres que personificaban los ayes que nos mantenían en espera de poder serles útiles.

Se acercaban las voces, eran más potentes, más suplicantes, más largas...

Un pobre anciano, que ni los años, ni las más duras experiencias habían dejado indiferente su sentimiento, y el Cura de la aldea, verdadero sucesor de Cristo, eran mis compañeros. El marido y el caballo formaban grupo aparte. Nosotros seguíamos unidos por la misma santa curiosidad y deseos de arrebatar esos

seres de las garras del mar, que minuto a minuto recrudecía su furor. La muerte de cada ola, era una pequeña esperanza. El viento soplaba a favor de la villa y creíamos que podría arrojar la barca y prestarle nuestro auxilio.

Amanecía ya. Y a la luz del sol que nacía, divisamos unas tablas, con formas disparejas. Supusimos cuerpos que flotaban. Los gritos se repetían a más largos intervalos y más débiles.

El Cura pidió su caballo a Hernández y se echó al mar, pero no pudo romper. El anciano fué a despertar nuevamente a todo el pueblo, a las autoridades, a todos, para poder salvar a las víctimas, que ya se distinguían y que pedían desesperadamente nuestro socorro. Yo pensé en cordeles, ya que en esa playa abierta a todos los vientos, no quedaba nunca un solo bote...

Empesaba, el mar, a arrojar pedazos de madera, baules, un cofrecito, unas sillas...

El grito era más agudo, parecía recobrar su fuerza, pero era uno solo, ahora se distinguía bien. Una sola voz que nos aturdía haciédonos desesperar de impotencia. Un grito estridente, mezcla de cansancio... de despecho...de adiós...nos enmudeció de nuevo. Era el último extertor de la madre, que en esas horas terribles soportó el dolor del abandono y que después de luchar heroicamente con el traidor elemento, iría a dormir, con todos sus hijos, la noche fría de la muerte, que nunca fué más trágica y siniestra.

Nos abrazamos como débiles niños, y confundimos nuestras lágrimas ante el cuadro de la horrorosa desgracia que nos hacía pensar cómo se ensaña la vida y cómo se ensaña la muerte ante la debilidad humana.

Desdoblamiento

¡Fué un pálpito! Una intuición, como dirían los cientistas. ¡Pedía, rogaba...suplicaba... imploraba... la decrépita! ¡Nadie creía en sus palabras! ¡Nadie se condolía con su ruego desesperado! Sus lágrimas de madre corrían por el marcado surco sin conmover. Era una anciana de ochenta años: alucinación de su mentalidad decrescente. No tenía razón para pensar que el hijo que se tragara el océano en esa noche siniestra, viviera como ella lo gritaba sin cesar. Ella lo oyó en el último día de la novena que se rezaba por el alma del presunto muerto. Lo vió en una islita que distaba muchas millas del lugar de la catástrofe, solo, implorándola que no lo abandonase en su terrible soledad. Lo vió demacrado y desnudo, como lo arrojara el mar después de la lucha titánica y nada ni nadie podía convencerla de su muerte.

La constancia de sus aseveraciones, la insistencia, y por otra parte, el temor que acabara por volver-

se loca la angustiada madre, hizo que los parientes «habilitaran» una chalupa por simular una búsqueda. Apenas se hicieron a la mar, el timonel sintió que otra voluntad más fuerte lo hacía gobernar hacia el punto indicado. Todos sentían en su alma el mandato de la vidente. Nadie hablaba de volver o simular. No los acordaba la furia de las olas amenazantes, ni la distancia. El hombre que luchaba contra todos los elementos, entregado a su soledad espeluznante, los reclamaba, y ellos responderían a ese llamado, arrostrando todos los peligros, porque no se lo devoraran los animales salvajes o se muriera de hambre.

¡Habian pasado diez largos días! El tiempo apremiaba. La comunión de la idea enmudecía la palabra para concentrar la fuerza. Bogaban sin tregua. La barca vencía, ola tras ola, con andar alígero. La voz de la alucinada era más imponente a medida que aumentaba el tiempo, acortando la distancia.

Llegaron, por fin, los esforzados, a la noche siguiente, sin medir sus sacrificios, sin sentir su abstinencia de alimentos y de sueño, a la desgraciada isla de Huamblin, teatro de miles de escenas trágicas. Allí estaba el resucitado: un espectro que agonizaba y que en su inmensa, más que humana, alegria, sólo pudo modular estas palabras. «Si no hubieran obedecido a mi madre yo no habría podido vivir más. Ella vino aquí.....a la salida del sol y me dijo que esperara (Coincidia con la hora de partida de la barca) Se perdió la visión.....¿Vive?»

Los Rufianes de Holanda

Sale la bella con donaire y gracia distinguida... ¡Un hombre! Un hombre o un pavo real. Un cambio de miradas. Sintió, el pavo, el orgullo de saberse querido y fué trás la conquista, fingiendo un amor que no conocía, alardeando de sensaciones que nunca tocaron su mente...Era linda y él era el macho fuerte y altivo. Estudió el lado débil de la presa: (arma prehistórica y conservada del hombre) su belleza. Caso fácil, de táctica conocida. La acompañó largo rato y la invitó luego a dar un paseo en una barca. Delicioso escenario. El cielo de una tarde hermosa, por techo y el mar de Holanda, como alfombra. Chica la barca y liviana...Tocaron las orillas de la costa entre cantos y risas; frases estereotipadas y apretones de mano. Se hizo de noche...y, en la despedida, una promesa de amor...y la cita consiguiente...!

El viejo marino se siente satisfecho y orgulloso de su conquista rápida y segura: Una mujer bella y

graciosa que lo aclamaría, una vez más, soberano... ¡Una mujer joven! ¡Una mujer más...! Se pasea en la pieza de hotel apenas acabado su retoque, se mira al espejo y se siente bien.

¡El tiempo se alarga en la espera! El tiempo se alarga, y el extrangero siente cómo a cada minuto arde en deseos por la hembra hermosa...¡Una hembra más! ¡Y una hembra bella! ¡Una vez más, el señor del mundo! Una vez más, satisfechas sus ansias, su pasión! Se sobreexitaba al mirarse tan poderoso. Y sus alas de vistoso plumaje, se abrían ya de placer. No tenía nada que preparar, nada que preveer!.

Era una cosa hecha y era una cosa bella. Por fin llegó la hora. La noche, en vendaval deshecha, la miró plácida, halagadora, risueña...Corrió hasta ella, con deseo loco. Lo esperaba en la puerta, embellecida por la media luz de la estancia. Estaba divina. El se pavoneaba feliz y, sintiéndose dueño, la rogó que fuese por wiski, mientras él avivaba la chimenea: lo que necesita un inglés para el amor. Tomó los dólares, la mujer, y salió corriendo. Anticipo que no podía considerar ante tanta belleza. Era feliz, la hora había llegado ¡El minuto...llegaría! Y el pavo real ya se erguía. Arrobado en su amor propio atávico, con delectación suprema, esperaba. Y el fuego en el hogar, ardía y ardía de pasión el inglés. ¡Que dulce ensoñación.

Pasaron los momentos y el tiempo, que todo lo cambia, volvió al viajero a la realidad y vió como la amada no volvía. ¿Y el wiski? ¿Y los dólares? ¿Y la bella holandesa?

Abrió la puerta el marido. Un hombrón que lo echó a la calle, mientras, por el fondo, aparecía la mujer sin el estimulante.

Y el pavo real, en la calle desierta, y en la noche helada, perdía su plumaje al ronco silbido de ese

viento singular de Holanda...!

Y en sus peregrinos viajes, siempre está indispuesto, el viejo marino, al tocar esa costa maldita...!

Análisis

El hombre marca claramente tres etapas en su vida sintimental, dos de las cuales influyen desfavorablemente en la vida de la mujer.

La primera adolece de curiosidad, de imaginativa pureza, de deseo debil e incierto; aunque otras veces, de pasión grosera que lo arrastra a un pesimismo tal, que destruye toda energía bienhechora. Ama a la mujer con santidad, en espíritu puro. La mira con delicadeza, la cree intangible, impresionado en la belleza de sus formas, en la gracia de sus ademanes, en la melodía de su voz, y acaba por divinizarla. Y en esa edad es cuando la hace consentir en una doble personalidad, formada por dos entidades antagónicas, dando preferencia a lo más denso de la materia. Es vehemente en sus palabras, resultante de sus pensamientos febriles e imprecisos. Si es de un temperamento más ardiente, el instinto lo arrastra y da rienda suelta a su pasión en los mercados a su alcance y, luego,

profesional en esa baja esfera social, atropella el pudor y la bondad. Sólo ve en ella a la hembra servil y la odia en su incomprensión. No cree en el amor. ¡No cree en la mujer!

Otra etapa, condenatoria en la conceptuación de la mujer, es la decrescente en su vida sensorial. Pasada la potencia viril, apenas si la concibe. La busca sin saber por qué y, en su esperanza de vida, de nueva juventud, la adula, la halaga, la regala, la provoca, la exalta, para abandonarla luego insatisfecha y, en más de las veces, prostituida de sentimiento, enferma del alma, sin ideales puros, sin valor. Acaba por detestarla sin ver que es él quien la hirió de muerte.

En estos dos períodos de la vida del hombre, que no son más que fases semiconcientes, la mujer se desvirtúa porque no se la mira en su fuerza armonizadora e integrante, sino como el remedio indispensable aunque venenoso. Ellos la idean así. Así la hacen en su falta de discernimiento, en su egoismo improcedente. Y la mujer, debil por herencia, viviendo en un medio viciado y obscuro, se mira inferior y, poco confiada y nada cierta de su verdadero valor, se resigna al triste papel de servidora sin reemplazante, de esclava sin límites en la acción ni en el tiempo, de obrera sin remuneración ni descanso, de esposa eterna. Y si no alcanza el privilegio de venderse por una eternidad, hace inmundo mercado de su cuerpo, olvidada de toda dignidad, de toda honradez. Inconciente, en la mayoría de las veces, se venga de su tirano, robándole su dinero, que es dinero de esfuerzo y que corresponde a un hijo a una madre que deben soportar miserias y bajezas sin razón; o menoscabando o contagiando su salud que, siempre será fatal en el tiempo. De esta incomprensión nace el ser híbrido de la raza: la solterona, hembra incompleta, que en su

desesperación, en su reproche íntimo, en su eterna censura por haber perdido, malgastado, una juventud que no volvería, aniquilando su vida, masturbando su sentimiento, matando su ser todo, es el juez cruel, que no sabe de justicia, en la sociedad. Es el ojo que ausculta con desviaciones tendenciosas; el oido delicado, al que la palabra sencilla, sin doblez pone en alarma; es el brazo nercúleo para sofrenar hasta el ademán más inocente de las jóvenes. Y esta mujer, que nunca supo que era mujer, es el peso que contrarresta el progreso de la sociedad, es la sombra, que no puede conciliarse con la luz, es la noche; es el desierto que no supo de manantiales, que no supo de vida y que, si la vislumbró, tampoco consiente en que nadie goce de ella. Este estorbo condenatorio e inflexible, nació del destello de infancia del hombre o de su claror de ancianidad. Y de allí, desde esos dos puntos inestables, mira el hombre a la mujer, en su lente ensombrecida, con todas las inperfecciones con que él la empequeñeció. Olvida a la madre, a la hermana, a la hija, para lanzar su mirada condenatoria o su palabra de insulto.

Como una luz vivificante y pura, como un faro cierto, sin el cual ya habría perecido toda vida, surge entre estas dos tristes etapas, la edad real del hombre, en que, cansado de sus comedias de tanteos sin rumbo, de sus idealismos enfermizos y raquíticos desde los cimientos; de sus comuniones falsas, consecuentes con sus más falsas apreciaciones, abre concientemente los ojos, concreta su ideal, lo personifica; rehace su vida, rehabilitando su conducta, y se encuadra en una norma de justeza, con la sola nube de haber agotado el tesoro de belleza que podría integrarlo.

Y en esa edad de claro discernimiento, cuando el sentimiento ha hecho forma precisa en el alma del hombre, cuando se han equilibrado sus acciones, cuando los sentidos marchan a parejas con el cerebro, en esas edad de cordura, en que la bondad y la inteligencia se hermanan, el hombre pesa en su verdadero valor la vida. Justifica el error, mira con ojo humano a la mujer, la comprende, la busca. Si es joven aún, la orienta; si es debil, la apoya; levanta a la caida, redime a la pecadora y enzalza a la honrada.

Y en cada una de ellas, sólo ve la vida que se brinda, la vida que se agita, la vida que alienta, que impulsa y con fuerza incontrarrestable se impone.

El Libro

Amo al libro esencia, resultante de largas experiencias, porque en él tengo el fruto maduro con que nutro mi mente. Amo al libro romántico, porque con él late el recuerdo de la primavera de mi vida; al aventurero porque exalta mi imaginación; al drámatico, porque me hace sentir impresiones difíciles de disfrutar en la árida lucha del que vive apartado; anecdótico, porque, en forma imborrable, deja en mi memoria personajes y hechos inconfundibles; al de versos cadenciosos porque constato la existencia de ideales sublimes; al de fábulas y cuentos, porque es el tesoro de los niños; al simple cuestionario, porque me dice de la necesidad de concentración mental para ser preciso en la contestación más sencilla. Amo al folleto, a la revista, al diario, al periódico. Amo a la hoja impresa, porque reconozco en ella el esfuerzo que generosamente se difunde. Amo todo lo escrito porque se ha tenido que meditar antes de escribirlo; porque

encierra espíritu de trabajo, amor por las letras y, más que todo lo amo, porque se da generosamente, sin restricciones, sin cláusulas, sin prebendas.

Siempre el libro, por lo menos, es el sentir de un corazón, el pensamiento de una mente, y esto me basta para amarlo. Vibra un ser que se brinda y mi alma es fraternal y grata.

.....

Pero amo más al libro sin letras, a la hoja blanca que nadie se ha atrevido a rozar con su pluma. La amo porque en ella está el cuadro no hecho, con tonalidades no vistas, que habla de una alegría y paz que ningún artista podría forjar; está la imagen de esa gloria infinita que el más fino pincel, dejó en la paleta; está la estrofa donde se canta el amor que todas las plumas son torpes a definir. Esa página blanca es la historia de los que sintieron con tanta sublimidad, que ningún idioma podría interpretar.

Es la obra maestra de los genios, la corona de los poetas, el escudo de los guerreros, el patrimonio de los elocuentes. Blanca y pura, es ella la única capaz de interpretar las almas superiores, ya que la torpeza de las lenguas apenas si las trasparentan.

Abro el libro sin gráfico y frente a él, como ante un mundo de dioses, me inclino. Y pasan con sus páginas ante mi retina valores incalculados, escenas armoniosamente bellas, cuadros de un solo color, donde hay derroche de expresión; melodías tristes, que conmueven todo mi ser; alegres, que me deleitan, que me arroban; sacadas de la nota única, desconocida... Veo el deseo no realizado de Schubert: la Srenata de su penumbra..., el Crepuscular de su segunda juventud...Se precisa, en el libro sin mácula, el horizonte de Dario, el ideal de sus discípulos. El resplandor de los renombrados, sin deslumbrar a los anónimos. El abrazo del pensamiento, salvando los mares, el latir

únisono de corazones de climas opuestos, el vibraje de cuerdas antagónicas, templadas en un sentimiento común.

El libro blanco, es la página de ese mañana que realizará los sueños, que saciará las ansias, que descorrerá los velos, que decifrará los enigmas.

Es la esquisitez de lo que no se ha dicho.

Será siempre el mejor símbolo de la concentricidad de ideales, de la recta indefinida, de la meta cada vez más alta. Será siempre el mañana, la esperanza: antorcha que ilumina todas las mentes, palanca que impulsa, resorte del movimiento eterno, nueva luz que brillará otro día.

¡Libro blanco, urna sagrada que recogiste la última creación de los genios, el último toque del artista, el último suspiro de amor, la última lágrima de incomprensión, serás siempre el tesoro reservado a la revelación, a la renovación, a la perfección!.

Novela Trunca

Y en el mar el eterno vaguido de la ola de ensenada! La casita blanca se perdía en la penumbra! ¡El ruído del motor...que luego iba a cesar!. La barca pescadora que arribaba en la cercana orilla, para abandonarla enseguida! ¡Todo hacía esperar la noche con su árida monotonía!.

Dentro del aislado hogar, la eterna tranquilidad de tres seres que juegan y que charlan de cosas infantiles: La madre, pálida jóven, en cuyos ojos se lee la horrible orfandad del alma superior, Marga, de dos años y medio, angel precoz y bello hace el gasto de la conversación. Y Norita, la pequeña de año y meses, hablando siempre en su idioma de palabras cortas y frases contrahechas. Las dos rubiecitas juegan felices sin percatarse de la soledad espeluznante, ora saltando en las rodillas de Adelfa, ora besándola con el santo calor de su inocencia, para luego hacer hermosas pruebas con sus arcos y pelotas, y enseguida, ju-

gar a las visitas, a las tiendas,...Ya la primera hace de mamá y ordena a la niña todo lo que ha oido decir: «Ud. debe tomarse toda la leche, mi hijita querida,—le pasa el biberón—porque ya es de noche, enseguida la llevó a la camita para que duerma con su Maruja (La muñeca preferida de Norita) La pequeña da una o dos chupaditas a la goma y se la pasa a la mamacita improvisada—Qué ico, cheto? Toma tú Aguita, toma má...Ahola yo, ahola tú» Y así se toman la leche. Luego un sendo beso sonoro en sus boquitas y, otro y otro. La Nenita bosteza y Adelfa corre a tomarla, rebosante de amor para esos seres que constituyen su única y santa alegría «Yo soy grande, Adelfa?»—inquiere Marguita, que adora a la pequeña, pero que por nada desearía perder sus derechos. Ya está abrazada a la madre! Se repite el biberón y se duermen plácida, candidamente, en la falda de la joven, que callada las mira con orgullo, pero con temor. Las besa silenciosamente hasta que siente en sus mejillas las lágrimas traidoras que ella nunca derramó ante nadie. Despierta Marga y le devuelve todos y más que sus besos para ahogarla en preguntas «¿Qué no somos como tú querías? ¿Qué tienes? ¿Por qué no conversas?» Y repetía y repetía sus besos elocuentes...!

La madre siente, por primera vez, dejarlas solas en sus camitas, y las acuesta en la cama de ella. Vela hasta que ambas se han conciliado con el sueño y eleva al más allá su oración profana: «¡Madre mía, tú no has muerto para mí, y al traspasar el umbral de este pobre escenario, no puedes haber cambiado en tu bondad y en tu amor para conmigo! ¡Vigila el sueño de estos angeles! ¡Vigila a la hija que nunca dejará de rezarte! Sabías tú, y ahora lo sabrás mejor, el enorme vacío de esta alma, que al darse por entero a tu santo recuerdo y a la vida de su dos tesoros, siente todavía un hielo, que la anonada a esta hora, en que duermen sus palabras y en que tú, sólo la escuchas desde un mundo muy lejano...! ¡Bendita seas! ¡Bendita, tú, que infiltraste en mi ser este sublime sentimiento, que me agranda, que me ennoblece, que me hace sentirme feliz en la incomprensión en que me arrojó la inexperiencia! ¡Bendice al nuevo fruto que llevo en mi vientre y nunca permitas que el dolor me mate, para que la querida crisálida que llevo en mis entrañas llegue a tener sus alitas divinas al mirar la luz! ¡Hace tú que mis fuerzas no cedan a la pena de tu pérdida irremediable. ¡Dame valor! ¡Dame mas amor! ¡Que no se agoste mi ser! ¡No me abandones, Madre mía! Ahora que no siento tu arrullo material, temo que la razón traicione mi mente, que el sentimiento aniquile mi espíritu, que se debilite mi cuerpo. ¡Madre! ¡Fortaléceme! ¡Que mi misión se cumpla plenamente y que florezca esta nueva vida con toda lozanía! ¡Dame valor, Madre! ¡Dame amor! ¡Tonifícame! ¡Vivifícame! ¡Dignifícame!».

Y la joven madre, que a su madre muerta invocaba con profunda fé, sentía languidecer su cuerpo en la oración tantas veces repetida...Mas, su espíritu recobraba poco a poco su entereza y el dolor cedía menguado por las lágrimas.

Cuadro sintético de la vida. Donde una sola mujer sabe vibrar, ahí se hace la luz. Y en el caos profundo de esas sombras, en el paisaje desierto, en que ni siquiera cambia el silbido del viento en el follaje, en que la luna baña, con su misma palidez de histérica, la bahía; en que todo es calma y semiobscuridad enervante, el gran irradiador de vida: la idea, despierta más hermoso, abriendo un horizonte nuevo, realizable, en la cabecita femenina que arrulla a sus retoños, como ella fué arrullada... Y en esa noche solemne concretó su deseo, discernió su plan, resolvió su problema.

Su ideal era muy grande. ¡Un imposible! Pedía un amor que los hombres no saben brindar a una mujer como ella! Iría siempre tras esa luz, que le cerrara los ojos, más que abiertos, que le impidiera raciocinar fríamente y que le dijera, en su soberana fortaleza, ¡yo te apoyo!.

Abandonaría al marido que la conquistó a ruegos y lágrimas y promesas de suicidio ante su repetida negativa, No le quería y era imposible que su alma sana siquiera soportando esa vida de incomprensión y atropello a su cuerpo. El la adoraba a su manera. Pero, ¿no había pagado ya demás, con su juventud, su bondad, y el cumplimiento de sus deberes, ese cariño enfermizo, más que egoísta? ¿No había regalado y retribuído con creces a un amor que no logró despertarla? Por qué, entonces, habría de seguir vejando su carne? ¿Era tan débil acaso? ¿Tan poco preparada para no poder subvenir a las necesidades propias y a las de sus hijas? ¡Eso, no! Ya conocía el peso de la vida; y había aprendido a enrielar las situaciones económicas a que muchas veces la arrastró la pasividad y desorientación de su señor. ¡No lo necesitaba bajo ningún aspecto!.

Si logró someter su cuerpo durante ese largo y penoso período, jamás lograría someter su mentalidad libre, su espíritu rebelde. ¿Por temor a que podría resignarse a seguir como la esposa obligada, que equivaldría a la más degradante prostitución? No concebía que sin la ley sublime y digna del amor siguiera ese comercio sin amor por sólo su fuerza legal. Y así, aunque no tocara a su alma el amor verdadero, noble, como ella lo concebía, lo sabría mantener latente y puro, robustecido por un ideal preciso e inequívoco.

.....

Brotó de la tierra más pura, más delicada, más fina. Nutrieron su ser con sol puro y agua clara.

Nunca a su débil tallo azotó ningún viento.

Supo de la brisa suave y perfumada que acaricia. Supo de ternuras esquisitas. De todas las prodigalidades de un hogar bendito. Tuvo una infancia larga y bella, con mil tonalidades, con mil notas diversas...Todas sanas y alegres. Si una lágrima vertió en esa edad feliz, fué cuando su santa madre lloraba. No sabía por qué. No creía en el dolor.

Reparó apenas en el paso de su edad primera a la edad juvenil: segunda infancia de su vida, con nuevas y más bellas impresiones. Comprendió el canto melodioso de las aves, miró el paisaje con más avidez, admiró la fuente cristalina. Tuvo bellas frases para ensalzar el concierto de la Naturaleza. Y su vida siguió alegre y placentera. Sabía comprender ya ese ambiente sano que la rodeaba y el inmenso cariño de los suyos. Y así, la hicieron buena y feliz, sin que jamás pensara en la traición, en la envidia...en ninguna de las bajezas humanas. Su alma supo de los efectos más puros. Fué generosa, sin saber que lo era. Quiso a todo lo que le rodeaba. Cuando despertó a la vida verdaderamente sensitiva, cuando ya su espíritu se había refinado en esa savia sin contagio, fué amada, sin un engaño, sin unafalsía, sin una traición. ¿Qué le faltaba? ¿Cómo podía ella, creer en la maldad, en el vicio? ¿Cómo podría justificar el despecho y el odio de un ser a otro ser igual? ¿Quien podría convencerla que no había dicha?. Era buena, era feliz. Fué la hija querida, la hermana confidente, la amiga generosa y discreta; fué la amada sincera y noble. Amó como aman los niños: con cándor y con ternura. No supo de deseos, que nunca rozó sus labios un beso impuro, que nunca tuvo su amado una sola mirada que despertara en la suya la pasión carnal. El quería su alma cándida de niña, como ella le quería a él.

Al troncharse esa ilusión primera, al apartarse

de él, supo de la primera nube obscura. Lloró entonces, como lloramos nosotros al entrar a un campo santo, que nos habla de amorosos recuerdos.

La dicha del hogar enjugó sus lágrimas. Amó más a los suyos y se saturó de nuevo, para ser más buena. Su único culto fué su madre ¡Con que unción, la besaba en su boca, en sus manos, en sus mejillas pálidas, en sus ojos de cielo, en su ancha frente, en sus cabellos rubios! ¡Con qué placer escuchaba su palabra amorosa y cálida! ¡Como se sentía feliz, abrazándose a su cuello!. ¡Como gozaba, cuando la veía satisfecha, orgullosa de sus actos! ¿Como olvidará sus gestos dignos, que hicieron de ella la niña sin dobles? A ella debió esa base sólida, indestructible de la edad primera. A ella debe ese enorme soporte, que no ha dejado que su espíritu se abata. A ella debe el milagro de pasar como la sombra sobre la perversión del ambiente.

Cuando el mundo la llamó al deber, que siempre en la mujer, fué virtud y sacrificio, ya Adelfa, se había nutrido sabiamente. Su alma delicada y pura tenía toda la bondad donde se estrellarían los dolores; su mente robusta, era fuerte muralla que la defendería ante cualquier problema.

Entraba a la vida con el santo deseo, con el único deseo de tener una hija en quien pudiese realizar todos sus sueños de perfección. Aceptó el matrimonio sin encontrarle más razón que la costumbre. Su error único. No estudió detenidamente la trascendencia que encierra. El marido la quería, ella al ser madre, talvez podría corresponder a su amor. Y así, candidamente se traicionó a ella misma. No culpa a nadie de su paso falso; pero sabe ahora lo amargo de la desinteligencia, el vacío del alma plena de ideal; la incomprensión, el atropello: el reinado de lágrimas...

Como en todos los problemas de la vida, en el

amor, se necesita de conocimientos profundos para llegar al discernimiento claro. Creyó primero, que el amor del hijo lo concreta todo. Al nacer la niña, tan bella, tan perfecta, como ella lo había soñado, sintió marcarse claramente en su corazón dos sentimientos. El amor a ese ser que entrañando su deseo, la enoblecía, y la comprensión verdadera del amor maternal, que fué un inestimable tesoro de cariño y gratitud para su madre. Sintió entonces, que todo ese inmenso amor, no era suficiente a recibir la generosidad de su alma, repleta de sentimientos nobles. Otro hijo y otro hijo quería. Y soñaba con un jardín de ángeles que amasara en sus entrañas para llenar su vida. Creía que la orfandad de su alma echaría el velo negro, al prodigarse como madre.

¡El alma es tan grande, tan perfecta, que necesita de todos los amores para hacer florecer su belleza!.

.....

Cayó en una dulce ensoñación. El una especie de éxtasis arrobador y puro como lo sintiera en su infancia. Estaba su alma llena de dignos sentimientos y su cerebro descanzaba plenamente. ¡Fueron bellos minutos que marcarían época en su vida.

Luego recuperó, poco a poco, su habitual energía. Se levantó. Había cubierto de rico ropaje su personalidad y era justo rejuvenecer y adornar también la corporea envoltura que, desde ese día, encubriría un ser más definito.

El antiguo reloj tocó las doce. Cada campanada nítida y regular llenó su oido, llevando el empuje hasta el cerebro, para hacerle escuchar ¡cómo vuelan las horas en los instantes de verdadera lucidez! Dejó que el péndulo hablara hasta terminar. Enseguida, sacó de la cómoda un ajuar completo color violeta, regalo que le hiciera su madre, pocos meses antes de su muerte, escogió su batita sencilla de terciopelo negro.

Pasó a la pieza de baño. Consultó a su espejo y se sumergió satisfecha del poco rastro que la vida dejara en sus carnes rosadas. Acarició su vientre con profunda unción y se recreó en el agua tibia y perfumada, pensando en los ojitos que daría a la luz, en la cabecita que adormecería en su regazo, en sus manitas albas y pequeñas, en su boquita diminuta, que besaría tantas y tantas veces con infinito placer.

¡Oh las madres! ¡Oh castas poetisas que no vais tras el humo de la gloria! ¡Oh creadoras de amor y de vida! ¡Vuestros líricos versos que llegan al alma! ¡Inmortales! ¡Divinas! ¡Vuestro canto es el himno de amor a lo eterno!.

.....

Ya el pito del motor anunciaba la hora del trabajo. En el horizonte ya empezaba la luz coloreante del sol. El paisaje de belleza increible, justificaba a Adelfa, todas y más que las fantasías pictóricas que en toda su vida hubiera visto. Se sucedían los tonos allí donde el mar tiene su sagrado coloquio con el cielo: ¡El rojo del rubor, el morado de la batalla, el violeta en que las fuerzas ceden; el rosa-pálido de la satisfacción, el pálido-sensitivo del espasmo y una refusión de blanco, rubí y esmeralda: la honda dicha que ennoblece el alma, la sangre en que el amor se baña y la esperanza de otra hora igual. En el encarcelado mar de la ensenada, las olas, simulando bondad, dejan correr en pareja y verde superficie, a los botes que conducen a los obreros de la fábrica. Se diseñan los contornos de la costa con sus caprichosas irregularidades. Los campos y los cerros van tomando, poco a poco, su color natural. El humo del motor obscurece la casita blanca.